

Exposiciones en Toledo, Teruel y Murcia

Miguel de Santiago

Hay ocasiones —y ésta es una de ellas— en las que resulta imposible mantener el ritmo informativo de las exposiciones más interesantes que pueden ser contempladas. Hasta el verano permanecen abiertas exposiciones tan extraordinarias como las que tienen lugar en el Museo de Santa Cruz de Toledo, titulada Hispania Gothorum; en Teruel y en Albarracín, las dos sedes de aquella diócesis, en torno a unas tierras de frontera, conquistadas a los musulmanes y pronto cristianizadas; y en Murcia, la dedicada a Salzillo y su tiempo.

«Hispania gothorum» (San Ildefonso y el reino visigodo de Toledo)

Como consta en el subtítulo de la extraordinaria exposición que tiene lugar en el Museo de Santa Cruz de Toledo hasta el 30 de junio, la figura de San Ildefonso es la protagonista. La muestra, organizada por la Junta de Castilla-La Mancha, quiere conmemorar el XIV Centenario del nacimiento del patrono toledano.

La empresa pública Don Quijote 2005, que ya se ha responsabilizado de una decena de exposiciones de gran formato, organiza ahora «Hispania Gothorum» (*San Ildefonso y el reino visigodo de Toledo*), en la que aparecen reunidas más de seiscientas obras, procedentes de ciento veinte instituciones.

Las piezas únicas, de gran valor artístico y arqueológico, que resaltan sobre todas, son las del Tesoro de Guarrazar y del Tesoro de Torredonjimeno, junto con numerosas piezas de la deslumbrante orfebrería visigoda. Dado que los protagonistas de la muestra son los visigodos y el arzobispo San Ildefonso, se cuenta también con la mejor iconografía del santo, en pintura y escultura. San Ilde-

*Toledo conmemora el
XIV Centenario del
nacimiento de San Ildefonso
con una exposición de más
de seiscientas obras*

fonso es la gran figura del siglo VII. Teólogo y arzobispo de Toledo entre 655 y 675 es —además de autor de *De viris illustribus*, catorce biografías de personajes eclesiásticos españoles, y de una *Introducción al bautismo*, donde suministra abundante información sobre el catecumenado visigótico— quien redactara la famosísima obra de controversia antijudía *De virginitate Sanctae Mariae contra tres infideles*.

En la iconografía de este santo aparece un elemento habitual: la casulla que le ofrece la Virgen o la investidura que lleva a cabo la Virgen misma.

Hay aquí obras de grandes artistas, como El Greco, Zurbarán, Juan de Borgoña, Eugenio Cajés, Luis de Carvajal, Blas de Prado, Antonio de Pereda, Antonio del Castillo... Como «*Hispania Gothorum*» (*San Ildefonso y el reino visigodo de Toledo*) se centra en un contexto histórico y cultural poco conocido para el público en general e incluso para el más habitual de las grandes exposiciones que abundan en las dos últimas décadas, el visitante va de sorpresa en sorpresa a medida que se adentra en las distintas dependencias del Museo de Santa Cruz.

El siglo VII supuso, una vez desintegrado el Imperio romano del cual Hispania era una de sus varias provincias, el esplendor del reino visigodo. Los acontecimientos acaecidos en la séptima centuria de la era cristiana configuraron los derroteros de la historia posterior de lo que desde entonces y hasta hoy es España. La época visigótica constituye un momento clave en nuestra historia, ya que allí se fraguó la unidad de España, la unidad del pueblo romano y el pueblo visigodo que se encontraban en el solar hispano, por obra y gracia de la fuerza del espíritu que emergió del III Concilio de Toledo.

La exposición hace un completo repaso de los aspectos más relevantes que configuran la sociedad hispanogoda en aquellos siglos, sus relaciones, el papel de las minorías, su economía, la moneda, el Derecho, el papel de la

Exposiciones en Toledo, Teruel y Murcia

Iglesia visigoda, la importancia de los Concilios toledanos... y, por supuesto, el papel preponderante de San Ildefonso.

La Iglesia de los tiempos de Recaredo fue grande. Figuras relevantes por su santidad y por su capacidad intelectual, como San Ildefonso, San Isidoro, San Leandro, San Julián, fueron también gigantes de la historia y la cultura. En aquellos tiempos se alcanzó la unidad de la fe y la unidad del reino. Aquella herencia ha constituido nuestra España. El cardenal Antonio Cañizares, arzobispo de Toledo y primado de España, ha afirmado, con ocasión de las celebraciones del XIV centenario del nacimiento del obispo de Toledo, San Ildefonso, que *«conocer la Historia, acogerla y respetarla es la base para construir el futuro; al pueblo que ignora su historia o que la olvida, otros le hacen su futuro»*. *«En el III Concilio de Toledo —añade— la unidad de la fe otorgó a los pueblos de España la catolicidad. La unidad se hizo católica. Los pueblos de España, adheridos a la verdadera fe, llegaron a ser un único pueblo que respiró la universalidad de la Iglesia. Los que habían vivido dispersos, opuestos y en lucha fratricida, se hicieron, por la fuerza misma de la única verdad revelada en Cristo, hermanos»*.

Teruel: Tierras de frontera

También hasta el 30 de junio se exponen unas trescientas obras, proceden-

tes de diversas provincias y comunidades autónomas, en tres sedes de la diócesis de Teruel y de Albarracín: en la iglesia de San Pedro y en la catedral de la capital y en la iglesia de Santa María de uno de los pueblos más bonitos de España, Albarracín. Han colaborado todas las instituciones locales, provinciales y regionales, además de empresas como Ibercaja y Endesa.

Esta exposición, comisariada por el catedrático Dimas Fernández-Galiano, es sin duda la más importante de cuantas ha acogido Teruel: una lección de historia, de arte y de fe (de judíos, musulmanes y, sobre todo, cristianos). Por medio de ella se quiere dar a conocer la historia de Teruel y

*son muchas las sorpresas
que aguardan al
visitante del Museo
de Santa Cruz (Toledo)*

de Albarracín entre los siglos XII y XVI cuando fueron territorios de frontera: Teruel, fundada por Alfonso II el Casto para frenar las escaramuzas y el ataque árabe desde Valencia a la Zaragoza reconquistada; Albarracín, perteneciente al Califato de Córdoba, luego reino árabe indepen-

diente, después cristiana, más tarde vinculada al Reino de Navarra por medio de la nobleza de los Azagra y finalmente incorporada al Reino de Aragón en 1379.

[Creo conveniente advertir, llegado este punto, que desde hace algún tiempo los catálogos de las exposiciones no reflejan exactamente lo que puede ver el visitante. Sí recogen, por supuesto, interesantes estudios pre-

*la exposición comisariada
por el catedrático*

*Fernández-Galiano es la más
importante de cuantas
ha acogido Teruel*

vios de carácter monográfico y las fotos de cada una de las piezas, con sus correspondientes fichas técnicas y explicaciones, pero éstas no aparecen distribuidas en bloques coincidentes con los capítulos o secciones en que se quiere apoyar el guión o desarrollo temático de la exposición. Unas veces el argumento o el guión parecen «traídos por los pelos» y otras veces, las piezas con las que se pretende ilustrarlo; de modo que, si el visitante no es expresamente «guiado» o «introducido», no alcanzará a ver lo que los organizadores pretenden que vea, sino más bien una interesantísima

muestra de piezas de gran valor histórico y estético. Pese a estas observaciones y a la dificultad de expresar un panorama complejo a través de una selección de objetos, la exposición *Tierras de frontera* reúne un buen número de piezas histórico-artísticas que evocan de modo adecuado las épocas y circunstancias en que fueron creadas].

Efectivamente, en la iglesia más antigua de Teruel, la de San Pedro, hay unas setenta piezas que explican la fundación de la ciudad en 1169, hasta entonces sometida al dominio musulmán, los primeros pasos para impedir la invasión musulmana, el carácter defensivo y militar, la concesión de Fueros en 1177, las leyes e instituciones que atrajeron población y desarrollo económico, la organización de las diversas comunidades (judía, mora y cristiana), la creación de las iglesias de San Pedro y otras ocho en la época bajomedieval... Jarras, cuencos, tinajas, azulejos, rejas, monedas, collares, espadas, aljabas, tejidos, así como el Corán, dan idea de la cultura musulmana.

Vestigios del toro y la estrella en capiteles recogen la historia y la leyenda del *Libro Verde* sobre el origen de Teruel: «*De mañana al alba, trobaron un bel toro et andaba una estrella sobre él. Et luego que los vido el toro comenzó a bramar et dixeron los adalides que allí había buenas señales por fer la población do aquel toro esclamaba; et daquel toro to-*

Exposiciones en Toledo, Teruel y Murcia

maron señal». Misales, códices, cálices, ornamentos, la pintura mural de la Rueda de la Fortuna de Alcañiz y una preciosa Virgen románica de la parroquia de San Martín del Río nos sitúan en un contexto ya cristiano.

La parte más amplia y rica de la exposición se desarrolla en la catedral, donde el artesanado policromado, pone su más impresionante decoración: una cosmovisión de la sociedad medieval y la centralidad de la fe cristiana. Pero, ciertamente, hay más espacios para el asombro.

El guión por el que transita la muestra se ilustra con los usos y costumbres de las distintas culturas que compartían el Teruel medieval. Toma en consideración el papel de la mujer en esta sociedad: las clases sociales, sus formas de vida, las pautas alimenticias, los tipos de entretenimiento, las minorías sociales, la muerte y su significado, la resurrección en la perspectiva cristiana, el papel de los artistas y artesanos y sus producciones más características, como la cerámica, el hierro, las armas, los esmaltes, la orfebrería, el marfil, los tejidos, el variado y rico mobiliario, la pintura, la escultura. Resulta difícil «ver» este desarrollo y con lo que se queda el espectador es con una valiosísima reunión de piezas, cuya enumeración no por extensa resultaría escasamente significativa.

Quédanse, no obstante, en la retina obras como los retablos de Rubielos

de Mora, obra de Gonzalo Peris en el primer tercio del siglo XV; el de la Santa Cruz de Blesa, obra de Martín Bernat y del pintor de Fernando el Católico, Miguel Jiménez, en 1481-

el guión por el que transita la muestra se ilustra con los usos y costumbres de las distintas culturas que compartían el Teruel medieval

1487; el de Cifuentes, de mediados del siglo XV; una predela de Agreda con escenas de la vida de la Virgen y, por supuesto, el retablo mayor de la catedral, con altorrelieves de madera de pino en su color, obra de Gabriel Joly en 1532-1536. Hay también otras piezas singulares, como una pila bautismal de cerámica, una paloma eucarística con esmaltes de Limoges, de la primera mitad del siglo XIII...

La parte final, con unas cuarenta obras, de *Tierras de frontera* se ha reservado para la iglesia de Santa María de Albarracín. En este templo cristiano del medievo, anterior a 1200 —aunque lo que hoy vemos sea renacentista y tenga también rasgos mudéjares—, se centra la atención en el primer momento del episcopado de Albarracín: su historia medieval, las dinastías que gobiernan, la pronta erección de sede

episcopal y la influencia de ésta en la vida e instituciones de la sociedad. Un par de retablos son quizá las obras más destacadas, junto a piezas como un gran portapaz, un esenciero, un acetre, una cruz relicario de cristal de roca...

Salzillo, testigo de un siglo

Para conmemorar el tercer centenario del nacimiento (21 de mayo de 1707) del gran escultor murciano del siglo XVIII, Francisco Salzillo y Alcaraz, hijo de Nicolás Salzillo, el imaginero de Capua, el Gobierno autonómico de la región de Murcia, la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, la Fundación Caja Murcia y el Ayuntamiento de Murcia,

*la exposición de Salzillo
conmemora el tercer
centenario del nacimiento
de este gran escultor
murciano*

en colaboración con la Diócesis de Cartagena, ha organizado una magna exposición, abierta durante cinco meses, que será clausurada el 31 de julio.

La muestra, titulada *Salzillo, testigo de un siglo*, se desarrolla en el Museo

Salzillo y en las iglesias de Nuestro Padre Jesús y San Andrés. El comisario de la exposición murciana es Cristóbal Belda Navarro, catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Murcia. Responsable del diseño y montaje es el arquitecto valisoletano Pablo Puente Aparicio, que también lo fue de las primeras exposiciones de Las Edades del Hombre y de la exposición *Huellas* que se ofreció en la catedral de Murcia en 2002.

La exposición brinda la posibilidad de vincular a Francisco Salzillo y su obra al escenario que la hizo posible, la ciudad y el reino de Murcia, e integrarlo entre los avances y las conquistas del siglo XVIII, del cual él mismo fue uno de sus máximos forjadores. Se dice que, a lo largo de casi sesenta años de vida artística, realizó más de mil quinientas tallas, casi siempre de madera policromada, para las iglesias y conventos de la región. Para ello el recorrido expositivo se ha articulado en torno a tres secciones o apartados, por los que se recorre el siglo XVIII, en el que vivió Francisco Salzillo. Se pueden constatar los intercambios, influencias y logros de su arte y el de sus contemporáneos, en una necesaria confrontación entre sensibilidades que hicieron de aquella centuria un nuevo siglo de oro de las artes plásticas.

De castillos y leones ceñida. Esta sección se expone en el Museo Salzillo, que ha sido remodelado hace media docena de años y donde se conserva

una gran parte de la obra del escultor murciano. En este apartado se revive una página de la historia iniciada en 1700 con la muerte del rey Carlos II y los acontecimientos vividos por España para su sucesión. El protagonismo del reino de Murcia en el contexto de la política de la corona y en la regeneración económica desde las últimas décadas de Carlos II resultan evidentes. El contexto histórico-geográfico en que se mueve Salzillo es la adecuada introducción para que el visitante contemple el siglo en que vivió el artista murciano: desde la tradición barroca hasta la renovación ilustrada a través de figuras como el cardenal Luis Belluga y Moncada, Melchor de Macanaz, el conde de Floridablanca, el actor Isidoro Máiquez o el artista Jaime Bort. Puede así ser comprendido este mundo cercano a Francisco Salzillo y el entramado de motivaciones que justifican su obra.

La sabia imitadora de los dioses. Este apartado se desarrolla en la iglesia de Jesús, una joya configurada arquitectónicamente como un teatro barroco y en la que se guardan y exponen los famosos pasos de Semana Santa. Por medio de él se quiere dar a conocer la personalidad creadora del escultor murciano. Evidentemente no se trata de exponer a la contemplación y estudio del visitante la totalidad de la obra de Salzillo, sino de indagar en las claves artísticas y técnicas que lo definen y explicar su proceso creador. Partiendo de la creencia de que el artista tie-

ne el don divino de dar vida a sus obras, la sección se adentra en la visión del Salzillo artista, estudiándolo de acuerdo a los preceptos de una literatura artística que trazó la formación de los artistas y sentó las bases de un proceso intelectual nacido en el boceto y concluido en la obra definitiva. Es, por ello, por lo que la fama que rodeó al escultor en vida hizo posible su eterna memoria. En este apartado se muestran, entre otras obras, los textos conservados en los que se cimentó la

*se pretende indagar en las
claves artísticas y técnicas
que definen al escultor
murciano y explicar
su proceso creador*

cultura visual, humanística y teórica de aquel artista del siglo XVIII como tratados de arte, documentos jurídicos, libros de anatomía y medicina, física, historia y religión.

Belleza del cuerpo, deleite del alma. Este apartado final de la exposición se encuentra en la iglesia San Andrés, restaurada recientemente. Como no podía ser de otro modo, la escultura del siglo XVIII español en relación con la obra de Salzillo conforma uno de los capítulos más interesantes de

la muestra. Si Salzillo fue testigo de su siglo, no lo fue sólo en razón del tiempo vivido, sino también por dar testimonio del mismo. En este marco artistas españoles, pintores y escultores, orfebres, grabadores, tejedores y músicos de la época acompañan al escultor en el marco de sus diversas tendencias tanto desde el punto de vista iconográfico como de sus fundamentos estéticos. La exposición pone su colofón en este recorrido por los valores fundamentales de la imagen dieciochesca: su belleza física como reflejo de su belleza moral y la identidad, muchas veces recordada, de belleza y santidad.

La peculiaridad que ofrece la exposición *Salzillo, testigo de un siglo*, además de situar al artista murciano en su contexto y de hacer ver su personalidad creadora, consiste en confrontar su obra con la de los contemporáneos y provocar al visitante para que valore las aportaciones artísticas de Salzi-

llo al arte español del siglo XVIII. El visitante puede contemplar más de trescientas piezas de gran valor, procedentes de España, Portugal, Italia, Alemania y Austria... Hay pinturas, esculturas, platería, mobiliario, tejidos, libros, documentos, grabados, objetos de culto... Algunos artistas que aportan obras a la muestra son Juan Carreño de Miranda, Paolo de Matteis, Luis Meléndez, Molinaretto, Pedro Duque Cornejo, Alberto Dure-ro, Luisa Roldán, Luis Salvador Carmona, Nicolás de Bussy, José Risueño y, por supuesto, Salzillo, de quien se ha hecho una muy cuidada selección —un tercio de las piezas de que consta la exposición—, de la que, como es lógico, no podía faltar su belén, de más de 500 piezas, encargado en 1776 por su amigo Jesualdo Riquelme, y los pasos procesionales de Semana Santa que desfilan por las calles de Murcia, junto con otras piezas nunca mostradas hasta ahora como una Santa Ana y la Virgen Niña, un San Miguel, etc. ■